

# AZUL Y BLANCO EN KEALAKEKUA

Sergio G. Robles



Vista de Kealakekua Bay desde Ka'awaloa en 1820 (Wikimedia).

**E**l marino, engalanado con su vistoso uniforme de chaqueta azul adornada con galones dorados y pantalones también azules, observó al grupo de mujeres y de niños sin detenerse. En la arena, iban quedando marcadas las huellas de su caminar desde el bote varado en la línea de agua. Lo acompañaban dos hombres de la tripulación de su fragata, y otros dos habían quedado junto a la embarcación.

En un pequeño grupo de palmeras, lo esperaban los nativos.

—Otro día caluroso —les dijo a los dos hombres que lo seguían, al tiempo que sintió en su espalda el comienzo de la transpiración. El sol no estaba muy alto en el cielo, pero ya hacía calor. Las nubes estaban casi totalmente ausentes en el cielo matutino.

Algunos nativos habían estado en el agua verde azulada salpicándose unos a otros, entreteniéndose a un grupo de niños, pero abandonaron el mar cuando vieron que el bote se alejaba del barco anclado que se mecía con las ondas del mar. Poco a poco, se acercaron a los guerreros que esperaban entre las palmeras, desplazándose al mismo ritmo que los extranjeros. Sin embargo, por respeto o, acaso, para mirarlos cómodamente, permanecieron a una distancia desde la cual podían verlos, y tal vez oírlos, sin interferir en el encuentro entre los extranjeros y su propia gente. Las mujeres que integraban el grupo no mostraban ninguna inhibición por sus pechos al aire. Lucían igual que todas las que habían visitado la fragata.

La mente del marino dejó atrás el motivo de su desembarco, y sus ojos se apartaron de la arena y del grupo de nativos. Mientras seguía avanzando en forma automática, sabiendo que no enfrentaba ningún tipo de peligro, su mirada barrió por completo todo el panorama a su alrededor.

La bahía no solamente era hermosa, sino que también estaba protegida. No en vano los tripulantes de la corbeta que había hallado al llegar a la isla la habían elegido para fondear. El terreno ascendía rápidamente hacia el interior, en dirección este, hasta culminar en un pico montañoso que, al parecer, dominaba toda la isla. Las palmeras se extendían a ambos lados de la playa y también terreno adentro, en dirección al valle, hasta donde podía verse. Hacia el norte, había una zona de altos acantilados después de la cual había otra extensión de arena.

La distancia con los nativos se había acertado lo suficiente como para escuchar —aunque sin entender— algunos comentarios. Observó a los hombres y vio las pequeñas volutas de humo que no había percibido antes. A un lado del grupo que lo esperaba, había una hoguera.

Uno de los hombres que lo seguía rompió el silencio de la caminata:

—Capitán, parece que están cocinando algo. Espero que nos inviten.

—Yo también. Por el aroma, parece pescado.

—Pescado y algo más —respondió el subordinado—. ¡Cerdo, si no me equivoco!

---

El Capitán de Fragata IM VGM (R) Sergio Gustavo Robles egresó de la Escuela Naval Militar en diciembre de 1970.

Prestó servicios en batallones de IM, Agrupación de Comandos Anfibios, Centro de Instrucción y Adiestramiento de IM y Fuerza de Apoyo Anfibio.

Fue Comandante de la Agrupación de Comandos Anfibios, Jefe del Servicio de Operaciones Navales Especiales y Comandante del Batallón IM N° 2.

Se desempeñó como profesor en la Escuela de Oficiales de la Armada y en la Escuela de Guerra Naval.

Realizó el Curso de Comando y Estado Mayor en la U.S. Marine Corps y obtuvo la Maestría en Estrategia de Seguridad Nacional en la National Defense University (Washington, EE.UU.). Es un frecuente colaborador de este *Boletín* y de otras publicaciones de la Armada con artículos propios y traducciones del inglés. El Círculo Militar publicó su traducción del libro *Manual de la Guerra de Maniobras*. Pidió su pase a retiro a fines de 1996.

Es autor del libro *El Asalto Anfibio a Malvinas – A 30 Años*.

Figura 1:  
Bahía Kealakekua en la isla Hawái, en la actualidad.  
(HawaiiByAir, Aerial Photography)



**El europeo habló al nativo usando el idioma local, incomprendible para los marinos.**



El Capitán sintió que su frente, así como había hecho su espalda, le recordaba que hacía calor. Una gota de transpiración se infiltró en su ojo derecho, y su mirada se hizo borrosa por un instante. Abandonando la empuñadura de su sable, se sacó el sombrero con la mano derecha y se peinó los cabellos con la izquierda, más que nada para refrescar su cabeza con la brisa que venía del valle. Él y los dos hombres que lo escoltaban cubrieron los últimos metros.

El nativo que se apartó del grupo venía acompañado por un hombre de apariencia europea. El marino sonrió al nativo, que inclinó levemente su cabeza en señal de saludo, le estrechó la mano al europeo y se dirigió a uno de sus hombres que había desembarcado con él en un español correcto, pero con acento:

—Dile que es un placer volver a verlo en este hermoso día.

El subordinado habló al europeo en inglés mientras su Capitán volvía a mirar al nativo de piel oscura, quien ya había respondido a su sonrisa con la suya. El europeo habló al nativo usando el idioma local, incomprendible para los marinos, y obtuvo su respuesta, que llevó más tiempo e incluyó un gesto hacia el grupo de nativos que esperaba detrás. El marino creyó percibir todas las vocales en las distintas palabras, pero solamente algunas de las consonantes<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El idioma hawaiano solamente usa las consonantes k, l, m, p y w. También usa la h, pero con sonido de j. Una vocal obligatoriamente sigue a las consonantes. Esto hace que todas las palabras terminen en vocal.

- También nosotros nos alegramos de verlos nuevamente. Ikaika espera que quieran compartir con nosotros nuestra comida.
- Desde luego –respondió el marino sin dudar un instante y pensó: «Más comida fresca en lugar de la comida salada de a bordo será un manjar».
- ¿Cómo se llama esta bahía?
- Kealakekua<sup>2</sup> –respondió el europeo.

Todos se aproximaron al lugar donde estaba la fogata. Los nativos que estaban esperando levantaron unas hojas grandes y dejaron al descubierto varios grupos de frutas diferentes. Cada uno de ellos estaba colocado sobre las partes de las hojas de palmera que las habían mantenido adheridas a los troncos. Tenían un color marrón claro.

Todos se sentaron y comenzaron a comer los platos asados y las frutas. Para los marinos, que habían estado navegando durante varios meses por el Pacífico, era un banquete.

Las conversaciones se sucedieron. Los temas eran variados: pesca, aves, canoas, barcos. Se hablaba de todo, menos del tema principal que había traído al marino a la playa: la requerida conversación con el Rey local. Tan solo dos días antes, el Comodoro Bouchard se había enterado de que la corbeta *Santa Rosa* de las Provincias Unidas estaba en esa bahía. La tripulación se había sublevado en las costas de Chile, y los amotinados habían desembarcado al Capitán y habían pirateado desde entonces. Al llegar a las Islas Sandwich<sup>3</sup>, le habían vendido el buque al Rey local.

No sabía si el Rey aparecería o no. El día anterior, había manifestado su deseo de hablar con él a los nativos hawaianos con los que se había reunido durante la tarde. Le dijeron que le avisarían al monarca. Audaz, exigente y agresivo en los menesteres de la guerra, el marino sabía ser paciente cuando se trataba de negociar algo, en este caso, con los nativos de las islas. Ellos tenían lo que él quería.

Finalmente, terminaron de comer. Tal vez ahora hablarían de negocios. Pero, ¿dónde estaba el Rey?

Ikaika, el líder del grupo de nativos hawaianos, terminó de beber de un envase que parecía una calabaza, se limpió la boca con una mano y pasó una vez más el envase al marino. Este bebió, agradeció con un movimiento de cabeza y pasó el envase a otro indígena que, a su vez, bebió y luego pasó el envase a otro marino.

Ikaika se dirigió al europeo, el europeo, al Capitán.

- Comodoro<sup>4</sup>, el Rey manifestó ayer que está dispuesto a negociar sobre el tema. Si usted está de acuerdo, podemos guiarlo hasta donde se encuentra, pero le aviso que va a tomar bastante tiempo caminar hasta allí.
- No tengo inconveniente, pero me gustaría saber adónde vamos.
- Vamos a Kailua, un lugar al norte, también sobre la costa– respondió el europeo.
- ¿Pueden venir dos hombres conmigo?

Después de consultar con Ikaika, el europeo, Peter Corney, respondió:

- Puede usted traer a sus dos hombres. Iniciaremos la marcha en aproximadamente quince minutos. Usted y sus hombres pueden prepararse. Les recomiendo que se aligeren de ropa: vamos a caminar alrededor de treinta kilómetros y, a pesar de que lo haremos bajo la sombra de los árboles de la selva, algunas veces van a sentir calor con toda esa vestimenta.

**Audaz, exigente y agresivo en los menesteres de la guerra, el marino sabía ser paciente cuando se trataba de negociar...**



<sup>2</sup> James Cook, el marino inglés que descubrió las Islas Sandwich, fue ejecutado por los hawaianos en esta misma bahía en 1779. Un modesto monumento recuerda el lugar y el hecho.

<sup>3</sup> José María Píriz, el Capitán a cargo de las tropas de Infantería de Marina a bordo de La Argentina, las llama «San Ducho» en sus memorias. Píriz era montevideano.

<sup>4</sup> Vamos a utilizar en esta historia la denominación dada a Bouchard por Peter Corney en su libro *Voyages in the Northern Pacific*.

Figura 2:

Kailua-Kona en la actualidad. La residencia de Kamehameha I se encontraba en el extremo norte ([lovebigisland.com/kailua-kona/](http://lovebigisland.com/kailua-kona/))



...más atrás, los marinos foráneos: el comandante del buque extranjero, Comodoro Bouchard, el jefe de las tropas embarcadas, José María Píriz, y el pilotín de 18 años, Tomás Espora.

–Me parece una buena idea. –Cuando se volvió hacia sus hombres, vio en ellos una mirada de preocupación.

–¿Treinta kilómetros, Capitán? –inquirió el más maduro.

–Píriz –dijo el Comodoro ignorando la pregunta– sáquense las chaquetas y las gorras y arremánguense la camisa. Martín, regresa hasta el bote y dile a Tomás Espora que venga... preparado para caminar. Dile a Gerard que regrese contigo a la fragata. Vengan a recogernos mañana por la mañana. La caminata es larga, y tendremos que dormir antes de regresar.

–Comprendido, Capitán –respondió el subordinado y comenzó su camino de regreso al bote. Dos marineros esperaban sentados en la arena, en proximidades de la embarcación, bajo la sombra de una palmera.

Quince minutos después, todos iniciaron la marcha. Tres hawaianos iban al frente, luego Ikaika y Corney, y, más atrás, los marinos foráneos: el comandante del buque extranjero, Comodoro Bouchard, el jefe de las tropas embarcadas, Capitán José María Píriz, y el pilotín de 18 años, Tomás Espora. Cerraban la columna otros cuatro hawaianos.

El grupo partió directamente hacia el este bordeando la orilla norte de un arroyo, y pronto la playa quedó atrás, aunque no las palmeras. El sendero llegó a una bifurcación, y los caminantes torcieron hacia el norte dejando atrás el curso de agua. El marino vio un par de cardenales a su derecha y luego unos pequeños pájaros amarillos que nunca había visto antes.

–Píriz, ¿te parece que estamos caminando paralelamente a la costa? –preguntó el Comodoro a su subalterno mientras se esforzaba por vencer el ascenso del sendero. Ambos transpiraban profusamente, a pesar de la sombra que brindaban los árboles.

–Yo creo que sí, Capitán –respondió el interrogado.

Un tiempo después de haber alcanzado un terreno a nivel, la vegetación cesó bruscamente y pudieron ver, a la izquierda, la extensión del mar. El Comodoro miró hacia atrás al tiempo que el europeo que los guiaba y actuaba de traductor con los hawaianos, Peter Corney, le decía:

–Comodoro, mire su barco allá abajo.

El Capitán y los otros dos marinos argentinos observaron el navío en el que habían navegado durante más de ocho meses antes de arribar a la cadena de islas en el medio del Pacífico. La fragata *La Argentina* se recortaba contra las aguas azules de la bahía. El agua era tan clara que aun a la distancia podía verse como la cadena del ancla se iba hundiendo hacia el fondo. También era posible observar la corbeta *Santa Rosa* fondeada a no mucha distancia de la fragata.

Unos segundos más tarde, Corney agregó:

–Vamos a descansar ahora durante veinte minutos más o menos. Esto va a ser lo rutinario: una hora de marcha, veinte minutos de descanso.

–Está bien. Un descanso nos hace falta. No estamos acostumbrados a estas caminatas –respondió el Comandante de *La Argentina*. Inmediatamente se sentó sobre una piedra enfrentando el mar para aprovechar, así, la brisa refrescante que subía hasta donde estaban.

Corney sonrió, se acercó luego al líder hawaiano e imitó al Comodoro. El pilotín Espora bebió agua de un envase de cuero que llevaba colgado a su espalda y luego convidó a su Capitán. Este bebió y pasó el envase a Ikaika, quien le agradeció y bebió a su vez después de mirar el envase con curiosidad. El Comodoro esperaba que los gestos de amistad fueran valiosos al tiempo de llevar adelante las negociaciones.

El Comodoro observó que Píriz sacaba un cuaderno de una pequeña bolsa que colgaba de su hombro derecho y seguidamente comenzaba a escribir en él. Desde un arbusto detrás del Capitán, un cardenal con plumas completamente rojas lo observaba con curiosidad. Píriz continuó escribiendo sin percatarse de la presencia del ave. En el cuaderno podía leerse: «18 de agosto de 1818».



**V**arias horas más tarde, el grupo tuvo ante sus ojos la bahía Kailua, en cuyo extremo norte el Rey Kamehameha I había levantado su residencia, Kamakahonu<sup>5</sup>. Cuando llegaron al complejo, el Rey estaba sentado sobre una piedra al lado del mar. El Comodoro argentino se sorprendió al ver el atuendo del Rey hawaiano: un uniforme de capitán del Ejército Británico.

–Esperen aquí –dijo Corney y se adelantó solo hasta donde estaba el Rey. Junto a él, había otra persona de apariencia europea.



Figura 3:

Página del manuscrito de José María Píriz que se encuentra en el Museo Mitre (<http://partido-pirata.blogspot.com/>)



**La fragata *La Argentina* se recortaba contra las aguas azules de la bahía.**

<sup>5</sup> En idioma hawaiano, "El ojo de la tortuga." Se lo llamó así porque en el lugar había una roca que tenía la forma de una tortuga (honu) (Wikipedia).

El Rey, Corney y la tercera persona mantuvieron una breve conversación y, luego, el primero se levantó: tenía piel oscura, cabello blanco y ojos de mirada penetrante. Bouchard le calculó más de setenta años, posiblemente ochenta; irradiaba respeto y poseía una buena presencia. Era más alto que Corney y que él mismo. Corney le indicó con un gesto que se aproximara.

El Comodoro repasó mentalmente la palabra que su intérprete le había enseñado antes de iniciar la marcha hacia el sitio donde se encontraban ahora. Corney le había explicado que era el saludo acostumbrado en las islas y que usarla para saludar al Rey sería un buen comienzo de las negociaciones.

Dos indígenas que habían estado parados detrás del monarca mientras él observaba el mar se habían movido acompañando su desplazamiento y observaban atentamente a los visitantes.

–Aloha –dijo el Comodoro Bouchard.

–Aloha –respondió el Rey, y al marino le pareció percibir una sonrisa.

Bouchard lo visualizó veinte o treinta años antes luchando por la unificación de las islas como un guerrero de temer.

–Buenas tardes –dijo la tercera persona en un perfecto español que sorprendió a Bouchard–. Me llamo Francisco de Paula y Marín<sup>6</sup>.

–Mucho gusto –respondió el marino de las Provincias Unidas.

–Soy español, pero no se preocupe. Estoy alejado de los problemas políticos de mi país de origen. Lo ayudaré en sus negociaciones con Kamehameha.

–Muchas gracias –respondió Bouchard. Luego continuó, dirigiéndose al Rey–tienen una isla hermosa.

–Tenemos varias islas hermosas.

–Lo siento, no he tenido tiempo aún de visitar las otras –respondió el Comodoro y vio una oportunidad para recordarle a su interlocutor el motivo de su larga caminata hasta Kailua–. Estoy preocupado por el otro buque y su tripulación.

–¿Cuál es el motivo de su visita a estas islas? –preguntó el monarca.

–Mi país, las Provincias Unidas del Río de la Plata, está luchando por su independencia de España. Las instrucciones de mi gobierno me indican atacar a los buques españoles y respetar a los demás. Hace ocho meses que estamos navegando. Además, me encargaron recuperar la corbeta.

–¿Ha visto a los tripulantes que la trajeron? –inquirió el Rey.

–Solamente a los que estaban a bordo, pero necesito reunirme con todos ellos. «No puedo permitir que los desertores se salgan con la suya, no sería un buen ejemplo para mi propia tripulación», pensó el Comodoro.

–Los distribuí por todas las islas –respondió el Rey– y los puse bajo el control de jefes subordinados, incluso en Kauai, que aún mantiene a su Rey Kaumuali'i.

–Los hombres que ahora se encuentran en las otras islas han hecho algo incorrecto de acuerdo con nuestras leyes y no tenían derecho a venderle el barco en el que llegaron aquí –dijo Bouchard.

–La verdad es que no hablé mucho con ellos. No son muy comunicativos. ¿Qué puedo hacer por usted, Comodoro?

–Necesito recuperar la corbeta para continuar mi expedición con más posibilidades de éxito en futuras acciones contra los españoles. Para demostrar las consecuencias de acciones en contra de la disciplina militar, necesito apresar a todos los amotinados.

Los dos hombres se miraron en silencio. No hacían falta las palabras para explicar las consecuencias que esperaban a los amotinados. Tal vez el Rey pensaba en Ka'iana, su

–¿Cuál es el motivo de su visita a estas islas? –preguntó el monarca.



6 Francisco de Paula y Marín había nacido en Jerez de Andalucía. Llegó a Hawái en 1791 y se incorporó a la corte del Rey hawaiano como secretario e intérprete. Tenía conocimientos de medicina y atendió al Rey en la enfermedad que le costó la vida. De Paula y Marín falleció en 1837. Su diario sobre su vida en las islas se perdió.



Figura 4:  
El Capitán de Navío  
Hipólito Bouchard  
(Revista del Mar N.º. 116, INB)  
y el Rey Kamehameha I  
(Wikipedia).

antiguo aliado que había optado por combatirlo y había hallado la muerte en Nu'uaniu Pali, en la isla Oahu.

- Comodoro –intervino don Francisco– el Rey compró la corbeta a los hombres que la trajeron. Nada sabía de los sucesos anteriores a su arribo a las Hawái<sup>7</sup>.
- Tengo entendido que se pagó un precio en madera de sándalo –respondió el marino de las Provincias Unidas.
- Así es –respondió el español.

Bouchard, a pesar de hablarle a don Francisco, no le quitaba los ojos de encima a Kamehameha I. «¿Qué estará pensando? ¿Pretenderá que le devuelva la madera? ¿Qué más querrá?», se preguntaba.

–Y, además, debe considerar usted –prosiguió don Francisco– los gastos de manutención de todos esos hombres.

Bouchard apretó los dientes mientras evaluaba posibilidades de negociación. La verdad es que, además de la corbeta, el Rey podía proveerle los víveres que necesitaban para continuar el viaje y, tal vez, hasta algunos hombres para completar las tripulaciones. Dado que vivían en el medio del océano Pacífico, seguramente eran buenos marinos.

- Comodoro –dijo don Francisco sacando a Bouchard de sus cavilaciones –pienso, por otro lado, que podemos juntar la mayoría de los objetos que los amotinados les han entregado a los hawaianos de una u otra manera.
- ¿A qué se refiere? –preguntó el marino representante de las Provincias Unidas.
- Crucifijos, rosarios, cálices y otros elementos del culto católico.

Las negociaciones continuaron y, al término de ellas, el Comodoro accedió a pagar al Rey 600 quintales de madera de sándalo por la corbeta, que era lo mismo que el Rey había pagado. Además, acordó compensar a los hawaianos por los gastos de sustentación de los amotinados. El monarca hawaiano también puso a disposición de los navegantes

**Bouchard, a pesar de hablarle a don Francisco, no le quitaba los ojos de encima a Kamehameha I.**



<sup>7</sup> El Capitán inglés Cook llamó a las islas Sandwich en honor a su amigo el Cuarto Conde de Sandwich. El nombre cambió a Hawái después de que Kamehameha I unificó todas las islas bajo su reinado.

un grupo de nativos para tripular los buques de las Provincias Unidas y prometió devolver todos los elementos religiosos que pudieran recuperarse. Rey y Comodoro firmaron, además, un acuerdo de paz, guerra y comercio.

–Comodoro, enviaré instrucciones a mis jefes para que mantengan bajo control a todo el grupo. Le proveeré guías que lo lleven a los distintos lugares donde se encuentran –dijo Kamehameha I.

–Es usted muy amable –respondió Bouchard.

–Comodoro, quiero que sean mis huéspedes esta noche. Me interesan las historias que pueda contarme sobre su viaje, tan diferentes seguramente de las que vivimos en mis islas –dijo el monarca hawaiano.

–Será un placer, pero ¿hay forma de avisar a mi tripulación? Ellos me esperan esta noche. Puedo poner algunas instrucciones por escrito.

–Hágalo, y yo enviaré un mensajero a Kealakekua.

–Acepto entonces. Un descanso nos vendrá bien antes de continuar la navegación hacia el este.

Mientras Bouchard le dictaba a Píriz el mensaje que enviaría a la fragata, el Rey habló a uno de sus guerreros, y este llamó a otros dos. Corney recibió el mensaje escrito de Píriz, lo envolvió en una fina corteza de árbol y se lo entregó a uno de los dos guerreros hawaianos. Estos, con un trote corto, comenzaron a desandar el sendero que el Comodoro y su grupo habían usado para llegar. Pronto se perdieron de vista.

–Ahora, vamos a refrescarnos antes de cenar –dijo el Rey y comenzó la marcha sin esperar contestación. Dos guerreros lo precedían en el sendero con unos estandartes que lucían plumas rojas y amarillas. Nadie se movió hasta que el Comodoro se puso en marcha detrás del monarca.

Luego de una corta caminata por un sendero que olía a vegetación en descomposición y donde se oía el canto de diferentes aves, al doblar por un recodo del sendero apareció, ante los ojos del Comodoro, una cascada con una pequeña laguna al pie. En un claro en el bosque, había un grupo de hawaianos que, apenas vieron al monarca, lo saludaron. Era obvio que estaban esperando la llegada de la comitiva. El Capitán pudo ver comida ya preparada en el centro de un sitio despejado, al costado izquierdo de la cascada.

El monarca no se detuvo más que para deshacerse del uniforme inglés. Su vestimenta era ahora el acostumbrado malo. Inmediatamente se introdujo en el agua sin detenerse.

–Vamos, Comodoro, ¡venga a refrescarse!

Bouchard no se hizo repetir la invitación. Colgó la camisa de una rama y luego se sacó las botas y los pantalones, y se puso un malo que le alcanzó uno de los hawaianos. Entonces, se introdujo en el agua y ahogó un grito de sorpresa al comprobar cuán fría estaba. Don Francisco y Corney fueron a juntarse con quienes estaban cocinando.

Dos horas más tarde, la cena había terminado. El Rey y sus ayudantes inmediatos y el Comodoro con los suyos se encontraban sentados alrededor de una fogata.

–Su Majestad, esta será una tarde inolvidable. Cuando iniciamos la marcha allá en la playa, no tenía idea de lo hermosa que es esta isla. Y usted nos ha tratado con gran amabilidad.

–Somos gente pacífica si nos tratan bien. Usted parece ser un hombre respetable, Comodoro. Cuénteme sobre su viaje.

**El Rey y sus ayudantes inmediatos y el Comodoro con los suyos se encontraban sentados alrededor de una fogata.**



Durante las siguientes dos horas, el Comodoro habló sobre las Provincias Unidas del Río de la Plata y su guerra contra España para lograr la independencia. Agregó, luego, anécdotas del viaje que había iniciado a mediados del año anterior para acosar el tráfico comercial español. Para ayudarse en su explicación, había tomado un trozo de rama y había dibujado en el suelo un mapa con la posición de las Provincias Unidas, África, las Filipinas y las islas donde se encontraban. Al terminar, la trayectoria de su barco estaba marcada con pequeñas hojas verdes que el Capitán había ido cortando de la rama y colocado en el suelo a medida que su narración progresaba.



**D**e regreso en Kealakekua, el Comodoro Bouchard pasó los siguientes ocho días alistando la *Santa Rosa*. Luego, con ambos buques, comenzó a navegar de isla en isla buscando a los amotinados. Estos fueron capturados, juzgados y azotados como castigo.

Uno de los cabecillas del motín era el Primer Oficial Henry Griffiths y fue uno de los últimos en ser capturado en la isla Kauai, luego de una prolongada gestión del mismo Píriz. El consejo de guerra lo condenó a muerte, pero, cuando fueron a buscarlo a la mañana siguiente, no pudieron encontrarlo.

–Pero ¿dónde está? –preguntó el exasperado Comodoro cuando le informaron la novedad.

–El Rey Kaumuali'i lo tiene protegido.

–Vamos a tierra –respondió el Comodoro con cara de pocos amigos. Una vez en ella, se dirigió inmediatamente a donde estaba el Rey.

–Si en exactamente seis horas no tengo al señor Griffiths en mi poder, voy a bombardear este lugar con todos los cañones de ambos barcos –expresó sin muchos preámbulos.

A pesar de cierta resistencia pasiva, el Rey entregó al condenado después de haber recibido información de que ambos buques estaban, efectivamente, preparando sus cañones y balas. A las once de la mañana del día siguiente, un pelotón de tiradores puso fin a la vida de Griffiths en la playa, frente a un gran número de hawaianos.

Después de cargar víveres y de recibir a casi cien hawaianos para completar las tripulaciones de los dos barcos, había llegado el momento de partir. Habían pasado casi cinco meses en las islas Hawái. Para fortalecer los vínculos con el soberano, Bouchard le había enviado una espada y un uniforme de regalo, y lo había nombrado Teniente Coronel del Ejército de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Primero los nativos en la playa, luego las palmeras y más tarde las montañas se fueron perdiendo de vista a medida que las embarcaciones surcaban las aguas transparentes del océano Pacífico rumbo a California. Al mando de la corbeta *Santa Rosa*, estaba ahora el británico Peter Corney.

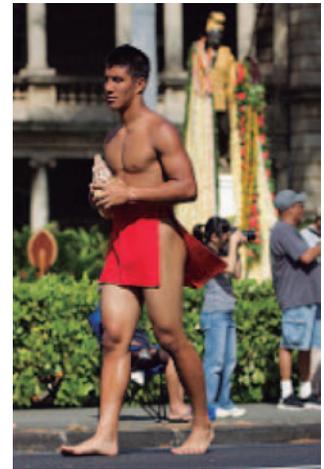


Figura 5:  
Este hombre viste el malo hawaiano. Detrás, puede verse la estatua de Kamehameha I en Honolulu.

**–Si en exactamente seis horas no tengo al señor Griffiths en mi poder, voy a bombardear este lugar con todos los cañones de ambos barcos.**



**E**n el medio del océano Pacífico, un niño se despertaba con el sol saliente en un lugar rodeado de palmeras. Vio a su padre sentado junto a una fogata, mirando las olas que se desplazaban hacia la orilla y rompían sin cesar. El niño observó por unos instantes los pequeños cangrejos, casi transparentes, que huían del mar que se les tiraba encima y, luego, corrió hacia el hombre y le echó los brazos al cuello.

–Papá, ¿vas a contarme otra historia hoy?

–Por supuesto, hijo mío. Tienes que recordar estas historias para que puedas contarlas a tus propios hijos, y ellos a los suyos. –Le acarició el cabello al niño y sonrió—. Esta es una nueva historia. Una vez, llegó aquí un buque, y su capitán se lo vendió a tu abuelo. Días después, llegó un segundo buque del mismo país. Ese país era lejano, estaba en otro océano, tenía una bandera azul y blanca y un sol en el centro. El Comodoro recién llegado pidió hablar con tu abuelo...<sup>8</sup>

El Rey Kamehameha II continuó caminando junto al mar en la bahía Kailua mientras relataba la visita del Comodoro Hipólito Bouchard<sup>9</sup> a las islas del Pacífico. ■

Ese país era lejano, estaba en otro océano, tenía una bandera azul y blanca y un sol en el centro.



**Nota del autor:** En 1997 me mudé a Honolulu, capital del estado de Hawái. Sabedor de que Hipólito Bouchard había andado por estas tierras, le pedí al Capitán de Corbeta IM (RE) Luis A. Pons que me enviara información sobre él. Lo hizo y, por varios años, los papeles quedaron guardados. Hace poco, los revisé y decidí escribir algo sobre Bouchard y Kamehameha I. Grande fue mi sorpresa y, por qué no decirlo, emoción, cuando mi investigación me llevó a expandir las fuentes de información y encontré el libro de Corney (del cual compré una copia en Inglaterra a través de la Internet), que incluye cartas de Bouchard, los originales de las fuentes utilizadas por Lewis W. Bealer en el artículo del BCN (los Papers de la Hawaiian Historical Society y el almanaque hawaiano de 1882) y la cuasicerteza de que documentos de Bouchard se encuentran en algún archivo en Honolulu.



## BIBLIOGRAFÍA

- 8 El Rey Kamehameha I murió al año siguiente de la visita del Comodoro Bouchard. Siguiendo antiguas costumbres, dos de sus íntimos amigos lo sepultaron en un lugar desconocido, y sus restos nunca fueron encontrados.
- 9 El Capitán de Navío Hipólito Bouchard no regresó a las Provincias Unidas. Por unos años, estuvo al mando de la Armada del Perú hasta que decidió retirarse. Murió asesinado por un esclavo en enero de 1837. Sus restos fueron hallados en una iglesia de Nazca y repatriados a la Argentina en 1962. Se encuentran en el Panteón del Centro Naval, cementerio de Chacarita.
- Arguendeguy, Pablo E., *Capitán de Navío, Apuntes Sobre los Buques de la Armada Argentina*, Buenos Aires, Comando en Jefe de la Armada, 1972.
  - Bealer, Lewis Winkler, *Los Corsarios de Buenos Aires*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1937.
  - Relatos Hawaianos sobre los corsarios «La Argentina y Santa Rosa de Chacabuco», *Boletín del Centro Naval*, Tomo 56, Volumen 524, págs. 19-32.
  - Caillet Bois, Teodoro, Capitán de Fragata, *Historia Naval Argentina*, Buenos Aires, EMECÉ Editores, S.A., 1944.
  - El Manuscrito de Piriz – Crucero de La Argentina, *Boletín del Centro Naval*, Tomo 47, Volumen 480, págs 621-628.
  - Corney, Peter, *Voyages in the Northern Pacific*, Londres, Inglaterra, FB&c Ltd., 2015.
  - Lajous, Francisco et al., *Hipólito Bouchard – Marino al Servicio de la Independencia Argentina y Americana*, Buenos Aires, Comando de Operaciones Navales, 1967.
  - Mitre, Bartolomé, «El Crucero de La Argentina», *La Revista de Buenos Aires*. N.º 13, mayo de 1864, págs 287-298. N.º 15, julio de 1864, págs 376-398.
  - Piccirilli, Ricardo y Gianello, Leoncio, *Biografías Navales*, Buenos Aires, 1963.
  - Pigna, Felipe, *Los Mitos de la Historia Argentina 2 – De San Martín a «El Granero del Mundo»*, Buenos Aires, Planeta, 2005.
  - Quartarolo, V. Mario, *Fragata La Argentina – Su vuelta al mundo (1817-1819)*, Buenos Aires, Comando de Operaciones Navales, 1967.
  - Ratto, Héctor R., Capitán de Fragata, *Capitán de Navío Hipólito Bouchard*, Buenos Aires, Secretaría de Estado de Marina, 1961 (reedición).
  - Sheldon, H. L., «Bits of Unwritten History», *Hawaiian Almanac and Annual for 1882*, Honolulu, HI. ([https://evols.library.manoa.hawaii.edu/bitstream/10524/23169/1/Hawaiian\\_Almanac\\_1882.pdf](https://evols.library.manoa.hawaii.edu/bitstream/10524/23169/1/Hawaiian_Almanac_1882.pdf))
  - Tanzi, Héctor J., *Compendio de Historia Marítima Argentina*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales del Centro Naval, 1994.